

En este número de la REVISTA se intenta poner de relieve la importancia de la colaboración entre arquitectos, pintores y escultores, al objeto de conseguir la mayor belleza de la obra arquitectónica. Porque si esto es cierto para no importa qué país, mucho más lo es para nosotros, que no contamos (siempre nos estamos lamentando de ello los arquitectos) con la industria de calidad que avale y prestigie con sus productos las obras de arquitectura. Y, por el contrario, disponemos, como es fácil comprobar, de unos pintores y escultores cuyas obras admiten la comparación con las mejores extranjeras.

Es verdad que las cerraduras, las carpinterías, los revestimientos que los arquitectos extranjeros tienen a su disposición en sus respectivos países son mejores que los nuestros. Y también es cierto que Picasso, Miró y —vamos a no rasgarnos las vestiduras— Dalí son españoles, y con ellos muchos otros estupendos artistas, que están deseando colaborar con los arquitectos y ayudar, con su talento, a la mejor calidad de la arquitectura española.

Y son los arquitectos quienes tienen las posibilidades de introducir a estos artistas en el edificio, convenciendo al propietario de la necesidad de un motivo escultórico o de un mural con parecidos entusiasmos que los que emplean para lograr poner un piso de mármol o una carpintería de aluminio, pongo por caso.

No es justo que los arquitectos, que trabajamos sin la competencia de nuestros colegas de siglos pasados, sometamos a nuestros compañeros, pintores y escultores, a la servidumbre de la competencia de los muertos. No se entiende cómo hay arquitectos que al hacerse su propia vivienda, sin braseros para calentarse ni palanganas para lavarse, sino con sus buenos baños y sus buenas instalaciones de aire acondicionado y sus buenas puertas Securit—que de todo hay en la viña del Señor y en las casas de los arquitectos—, las decoran con cuadros “antiguos” comprados de pronto y sin mayor discriminación; piezas de muy discutible calidad y con temas y trazas que no tienen nada que hacer en una vivienda de nuestros días. Si uno ha heredado un Goya, es natural que lo cuelguen en las paredes de su casa. Pero si éste no es el caso y tiene afición a la pintura, que haga un encargo a algún pintor contemporáneo suyo, que también tiene derecho a la vida.

Porque se corre el peligro de que los clientes, visto este nuestro despego hacia el arte de nuestro tiempo, nos acepten a nosotros, arquitectos, y a nuestro trabajo sólo como un mal, impuesto, pero no como unos ciudadanos que rendimos un servicio necesario y fundamental.

Quizá ellos también, como el arquitecto de la historia, una vez que tuvieran resueltas su calefacción, su acondicionamiento y sus puertas Securit desearían recurrir, para la arquitectura, a un maestro de tiempos pasados.

